

## Fascinados por el pícaro

Amelia Valcárcel

Abaco: Revista de cultura y ciencias sociales, ISSN 0213-6252, Nº 49-50, 2006 (Ejemplar dedicado a: Género y conciliación) , págs. 67-69

En el lenguaje corriente, las pocas veces que se emplea, "pícaro" es un adjetivo que funciona en la mayor parte de los casos como apelativo cuasi-cariñoso. Se usa preferentemente en masculino y viene a connotar en la semántica de términos como travieso, burlón, ligero de cascos.... Incluso se utiliza siempre con desinencias, diminutivos, aumentativos cariñosos

y en ocasiones se acompaña el proferirlo de un gesto de amable pellizco en las mejillas.

Este universo semántico del uso actual del término pícaro parece bastante alejado de su universo origen: vil, infame, ruin, falta de honra. En este segundo universo nace una de las tradiciones literarias españolas más originales, la novela picaresca. Este tipo de relato consigue a lo largo de un par de siglos de existencia que "pícaro" connote astucia, disimulo e ingenio. Los pícaros del relato son ofrecidos al lector para que se divierta con ellos y a lo largo de esa continuada diversión consiguen la anuencia del que los escucha.

Son una fauna varia que tiene, sin embargo, algo en común, un humilde origen y sólo el ingenio y la fortuna para ir trampeando por la vida y llegar en ocasiones a vencerla ocupando provisionalmente posiciones para las que no estaban destinados.

Los pícaros no mueren, aunque sí sus padres, generalmente de muertes poco honrosas, y el lector no desea que mueran porque, entre otras cosas, la diversión se acabaría. Y quizá no se lo merecen tan trabajadores, ingeniosos, sacrificados y valientes como parecen para seguir arrostrando aventuras y argucias con una mano atrás y otra delante, sin más ayuda que sus invenciones.

Fascinaciones, fantasmas, inercias.

Cada país europeo tiene su figura fascinante, aquella que glosa a menudo, que representa, novela o alcanza éxito popular y por la que siente esa mezcla de atracción y repulsión que llamamos fascinación. El asesino es la fascinación preferente de la modulación sentimental colectiva anglosajona, y así fue visto ya reflexivamente por Dickens y Twain y previamente representado por Shakespeare; el poder y el científico diabólico para el área teutona, el chulo para la francesa, el

padrino para la italiana..etc. En todo caso cualquier fascinación crece en el suelo de una creencia previa que no puede ni debe ser puesta en duda, en caso contrario ese sentimiento mixto que es la fascinación no funciona: creer en el buen padre de familia, el honesto ciudadano, el trabajo, se conecta con las fascinaciones dichas.

En nuestro caso esa temprana fascinación por el pícaro nace en el contexto de la cultura de la honra. El pícaro es el sin honra por antonomasia. Al fenómeno del atractivo despertado por los patios de Monipodio se le ha buscado la explicación social más inmediata de la dificultad de movilidad dentro de una sociedad fuertemente segmentada y desigual. El pícaro saltaría niveles. Parece insuficiente. El pícaro clásico se corresponde con el contexto excesivo de la honra.

Es evidente que el pícaro decae durante la ilustración y el romanticismo, pero entonces aparece una figura que es similar y que ocupa su lugar, el bandido, el bandido a ser posible encubierto y no necesariamente generoso. En el fondo ambas figuras se remiten a un texto último, a la creencia absoluta expresada por la expresión "te pillan". La última seguridad es que por algún motivo no hay forma de sustraerse al control. Esto sólo puede darse en el caso de una sociedad en la que el control mutuo sea tan grande que esté hipostasiado e hiperbolizado como control total, la sociedad que representa a dios como un ojo. Ciertamente el control mutuo deber existir hasta el agobio en una sociedad de la honra, es pues una sociedad de vigilancia e inquisición. ¿Queda alguno de estos rasgos en la sociedad española? Temo que sí.

Los tipos

Hace unos cuatro años una persona apodada "el Dioni", que había huido con una sensible cantidad de dinero robado, fue capturada y devuelta al país. Que alguien robe no es particularmente asombroso y que lo cojan tampoco. Pero en todo aquello hubo algo sorprendente. Al encender el televisor y en un telediario pudimos ver a dos docenas de periodistas, fotógrafos y cámaras rodeando la efímera fama del personaje. Muchos le interrogaban en ascuas "Dioni, Dioni, ¿cómo lo hiciste? ¿qué hiciste después?" Dioni, soportando el peso de la púrpura, decía con la humildad de un ejemplo vivo: "No fue nada, no hice nada especial". Y el rebaño resoplaba de admiración: "Dioni, dinos algo, dinos algo". Dioni, más bien flaco y calvo, se pasaba la mano por las magras mechas y decía con discreta familiaridad "Que no fue nada, de verdad, fue todo normal". Y en los ojos de los que sostenían los micrófonos podía verse una admiración casi sin límites. Fue un fogonazo informativo. Resultaba chocante. Pero ¿verdaderamente resultaba chocante?

Hace también unos meses un vigilante se quedó con gran cantidad de

dinero de su empresa y en colaboración con su novia lo escondió en el nicho familiar. La prensa comenzó a llamarle "Dioni dos". No creo que nadie recuerde su nombre. Y no creo que fuera desidia informativa. Quien le puso el apodo sabía inconscientemente que no hablaba de un individuo, sino de un tipo. Y hace aún menos tiempo un joven encontró un millón de pesetas y lo entregó a la policía. Reacción de los entrevistadores que suelen representar bien al hombre medio: si no te podían pillar, ¿para qué lo hiciste?

La fascinación por las cortes de los milagros está presente en casi toda la cultura occidental, incluso en la cuentística islámica. Pero es razonable afirmar que la cultura española la presenta como uno de sus rasgos más sobresalientes. Las explicaciones sociales de cualquier fenómeno de cultura, siempre insuficientes discurren, como ya apunté, por este riel: la figura del pícaro tiene mayores posibilidades de ocurrencia cuanto menor sea la movilidad social. No es convincente. Muchas sociedades fuertemente jerárquicas en las cuales no hay siquiera sospecha de movilidad social, no tienen figura equivalente. Con todo puede no estar de más echar una mirada a este aspecto de la cuestión.

Ficción y realidad: "perder pie".

Si dijéramos que España está fascinada por el pícaro, por mor exclusivo de la movilidad social, sería tanto como decir que está fascinada por el pobre y eso no es cierto en absoluto. Veámoslo algo más de cerca.

Lázaro, el de Tormes, cuando servía a su paupérrimo gentilhombre, caballero reposado de alma y lleno de buenas prendas, marchaba por las mañanas a un huerto cercano por ver de comer algo, y allí se desayunaba con tronchos de berzas. Sabido esto por su amo, magnánimamente no se lo impidió, mandóle en todo caso que a nadie dijera que era criado suyo mientras anduviese a tales lacerías. Lázaro-lacería. Si Lázaro come tronchos, asalta un baúl para roer pan o tira de pajuela para beberse el vino de su ciego, es en fin un estómago inquieto que nunca lo disimula. Lázaro no es propiamente un pícaro, sino un hambriento de buena conformidad que acaba encantado de arreglar la situación de la manceba del cura a cambio de andorga caliente sin la menor reticencia. No quiere ni puede ser lo que no es o parecerlo. Es la verdadera imagen de la pobreza corriendo sus andurriales y conociendo sus capillas.

Pícaros lo son quienes en ellas moran: los ciegos que ven, los ricos que hambrunean, los clérigos que amañan los milagros, la tropa pues de seres permediados por la hipocresía y el ingenio. He dicho antes que en la ficción literaria renacentista y barroca el pícaro logra concitar la simpatía del lector que no le desea ningún grave mal. Los pícaros

siempre acaban en expectativa de destino, con una aventura a medio trajinar. Ciertamente el pícaro de Lessage, francés, logra una cómoda vejez y rentas. Es demasiado y por eso el "Gil Blas" nunca ha sido representativo. Porque el pícaro tiene que fallar. Los que asisten a su ascensión no la desean, pero esperan su caída. Su caída confirma el orden en el cual el propio pícaro nace como un hongo, simpático e impredecible.

El destino del pícaro literario es perder pié, pero el pícaro literario, por necesidades del guión, se recupera, tiene que meterse en otra. ¿Se tiene la misma expectativa respecto del pícaro real? Sí. Siempre se contempla fascinado la rutilante trayectoria de alguien especialmente dotado de falta de prejuicios y de vergüenza hacia las más altas cumbres. Como quien contempla un salto mortal imposible, se espera el momento de la caída. De la mayor parte de estos personajes se dice que perdieron pié. Alguien los pilló, "se pillaron los dedos". Y la gloria del pícaro en muchos casos recae momentáneamente sobre el victimario, el inquisidor de turno, "el que los pilla".

Pero vayamos al "perder pié". Esta expresión tan gráfica hace perfecto juego con uno de los gestos más estrambóticos y desagradables del alma patria. Me refiero a aquel gesto por el cual la mano se agita muchas veces con el pulgar enhiesto, en horizontal, y que viene a expresar algo como: "que se fastidie". Gesto con el cual algunas personas rubrican algunas decisiones. Gesto paralelo a la miserable previsión "el que venga detrás que arree". Volvamos al "perder pié".

Una persona que no se sale de su esfera no pierde pié. Sólo lo hace aquel que efectúa un arco que para él no estaba previsto. El pícaro no es ícaro, no le quemará el sol las alas postizas. Por el contrario se desliza por un arco grácil, en el que necesariamente faltará un segmento y él no podrá apreciarlo: por allí se desplomará. De ahí que exista otra expresión curiosa: " segar la yerba bajo los pies".

Un inciso por si aclarase el caso: cuenta Zapata de Chaves cómo un tipo se hizo pasar por Nuncio de su Santidad, con pleno éxito, durante cuatro años. Una de las características del pícaro es justamente "hacerse pasar por". Porque el pícaro no es el ladronzuelo ni el que vive sólo de su ingenio. El pícaro se revela accediendo a un mundo al que no pertenece e intentando encajarse en él. Se hace pasar por caballero, adquiere pompa, proyecta matrimonios honrosos y alianzas sólidas. Pero el pícaro fracasa. Aunque sus intentos estén muy bien trazados.

A decir verdad lo que lo revela como pícaro es que fracasa. Mientras no fracasa está realizando la pirueta que a todos fascina. Una vez que fracasa no puede defender su honra, que es sabido que no tiene, y debe presentar no la faz del orgullo sino la sonrisa cómplice. Lo

intentó: casi parecía un potentado, casi parecía un prohombre, casi parecía un gobernante. Caído por el agujero del "casi", era un hijo de vecino. Nada de lo que ha adquirido en su carrera puede reclamar. La caída del pícaro real provoca un sentimiento agridulce. El orden se confirma pero la expectativa se cierra para los que aún fantasmáticamente detestan el orden y hubieran gustado de emular al pícaro, en la fantasía, por supuesto. En el mismo lugar en que sucede el comentario fantasmático corriente. En las tierras españolas demasiado a menudo cualquier comentario sobre los asuntos comunes comienza con la expresión "si yo...", "si a mí me..." lo que traslada cierta incapacidad de objetivar y una adhesión demasiado pasional a lo que sucede.

Si se repasan algunos de los indicios, que ahora se llaman índices, de este país, debemos concluir que somos suecos: bien vividos, bien comidos, bien escolarizados, tolerantes con los derechos individuales, difíciles de escandalizar.. en fin, que salvo la facha, poco nos distingue del nórdico más probado. Sin embargo parece que esta constatación se difumina si ponemos oído a la conversación familiar, la cafeteril o la radiofónica.

#### Los inquisidores

Desde hace tiempo somos vistos desde el exterior como inquisidores natos. Por unas razones durante el Imperio y exagerado ésto durante el Romanticismo. De creer a los dramaturgos que nos han glosado nada nos fascina más que un buen Auto de Fé. Pocas cosas disfrutamos tanto como el encarnizarnos con el prójimo. Nosotros llamamos a ésto "leyenda negra". ¿Y si en la leyenda hubiera alguna verdad? No me refiero a la verdad histórica sino a una verdad de fondo, a una actitud o predisposición que hubiera sido captada por otros, para la que nosotros mismos fuéramos miopes.

Esquilache encontró un Reino sucio y desorganizado. Ideó saneamientos, cloacas, e inexplicablemente emprendió una reforma del vestuario. ¿Qué tenía que ver una cosa con otra? Si era sólo cuestión de aspecto, mala pinta, esta medida se podía considerar higiénica. Pero Esquilache pretendía que a través de ella se conseguiría la reforma moral. Paralelamente, introdujo la lotería. Hay algo en el arbitrio de Esquilache que sorprenderá durante mucho tiempo. Alguien siempre dirá que aquel ministro atentaba contra profundas esencias patrias. Pero no se ve muy bien cómo capas más cortas y sombreros de tres picos corroían el corazón mismo de la esencia hispana. Puesto que ésto se dice, y no que se atentara contra la voluntad individual de ponerse encima lo que a uno bien le viene en gana, retengamos la unión entre higiene y lotería.

Contra Esquilache se alzaron elementos dispares: rancia nobleza,

clérigos y frailes, hampones y toda la chusma tabernaria. Esquilache fue destituido, la moda europea aceptada y la lotería nunca ha decaído en su éxito. El hábito no hace al monje, se dice. Los agraciados por la fortuna nunca han conseguido el predicamento moral ambivalente que se pretendía para ellos. Más valía apostar pocos dineros a un golpe de suerte y conseguir así una posición deseable que ganársela a cuchilladas compradas o vendidas y a denuncias anónimas. Más valía no ocultar, en fin, la ambición y someterla gentilmente a furtivas sonrisas de la rechoncha y rubia Fortuna, y no librarla a lo inconfesable, torvo y oscuro, oculto bajo capas y ropones. Durante tres siglos y por mor de la existencia del Santo Tribunal los españoles fueron animados a la vigilancia mutua hasta extremos dantescos. Se trataba de perseguir falsos: falsos creyentes, falsos practicantes, a los que se reconocía por detalles tales como cambiar las sábanas, guisar sin tocino, afición a las albóndigas y variadísimos rasgos de la misma entidad que me resisto a enumerar. Valga con imaginar que la suciedad pasó a ser prueba de honra entre el pueblo bajo. La denuncia era anónima y el denunciante quedaba a salvo y podía aún quedarse con un porcentaje de los bienes del denunciado. Naturalmente se animaban. La casa del vecino nunca fué su castillo y para evitar sospechas el vecino dió en mantener la puerta abierta - nada que ocultar- y no por tradicional hospitalidad. "Hasta la cocina", sigue siendo expresión de confianza. De confianza torva, hay que añadir. Detrás de cualquier puerta cerrada hay un Sanedrín. Quienes se reúnen privadamente algo malo tramam. Sean las reuniones públicas y fiesta, pues. Pero disúadase de reuniones a puerta cerrada. No hay que ponderar lo que la solidez familiar española perdió con ésto. Sin intimidad es imposible que emerja la solidez de la familia preburguesa. Naturalmente ello impide el nacimiento de las formas de civilidad burguesa que evolucionan desde ese fundamento ¡Y el derecho de reunión ha estado limitado hasta hace sólo dos décadas!

Fisgar, vigilar, no han sido aquí acciones colectivas, sino llevadas a cabo por los individuos y secundariamente por las instituciones. No ha habido necesidad apenas de instituciones totales en un lugar en el que cada uno se bastaba para propiciar los mismos efectos. La institución recogía lo sembrado a plazo fijo. Y ni siquiera debía ser muy grande dada la cantidad de aficionados y colaboradores espontáneos con los que podía contar. Pero algunos tenía, inquisidores de oficio.

Los había de dos tipos: funcionarios escrupulosos con su propia legalidad, que sin mayor apasionamiento la hacían vivir llegado el caso, y fervorosos propagandistas vocingleros que ponían ante los ojos de todos los execrables males que amenazaban y que por el mero hecho de ponerlos quedaban a salvo de cualquier imputación. Sin duda algunos funcionaban bajo el apotegma "llámelo, madre", otra delicada expresión que invita a pasar a mayores antes de que lo haga el prójimo.

El fraile que, coronado de espinas y descalzo, clama en la plaza pública contra todos los males, es intocable. Y da igual saber que a otras horas vive una existencia regalada. Aunque probablemente prefiera él mismo con mucho el regalo que se le sigue del pavor que despierta en los que temen ser sus víctimas. Es imposible que la denuncia hiperbólica y sistemática no se acompañe de hipocresía. Pero el hipócrita se sabe bien a salvo. En España la hipocresía no es el homenaje que el vicio rinde a la virtud, porque no hay que tener virtud, basta con denunciar el vicio. Ajeno, por supuesto.

### Pícaros e inquisidores

Es probablemente difícil demostrar que pícaros e inquisidores se necesitan entre sí. Sin embargo es cierto que funcionan en el mismo contexto moral. Un contexto marcado por cierta dosis de anomia, hipocresía y temor al poderoso, que no excluye fanatismo ni servilismo. Un contexto en el cual encontrar los elementos sólidos de la moral común es muy difícil. Un contexto falto de una tradición laica y civil, burguesa, continuada. El pueblo que da vivas a las cadenas es tan real como el que da vivas a Rusia. En una ocasión acatando incondicionadamente un poder tanto más aceptado cuanto más ilegítimo y tiránico. En la otra pregonando un igualitarismo de bajísima estirpe que deshace cualquier pretensión de autoridad legítima.

Yo, como mis colegas, soy incapaz en los últimos diez años de no hablar de Habermas. Mis colegas y yo solemos hablar de Habermas, puesto que las cosas se nos resisten. Así que hablemos de Habermas. Habermas es un filósofo alemán, heredero del pensamiento frankfurtiano -según él- que plantea la pretensión siguiente: toda sociedad puede y debe estar dotada de mínimos comunes morales muy extensos. El método para encontrarlos consiste en explicitar todos nuestros intereses y buscar en sus articulaciones goznes básicos que todos aceptemos, que no podamos no aceptar. Sobre esos conceptos establecemos el pacto argumentativo y de acción en que la vida moral consiste.

La teoría de Habermas tiene una parte simpática y positiva: la moral es una tarea común que vamos haciendo entre todos, renunciando a nuestro interés o nuestro poder, universalizando, y no nos ha venido de ninguna revelación que nadie pueda reclamar para sí sólo. El aspecto simpático es su democratismo. Pero la propuesta de Habermas tiene otra parte en que es simplemente errónea. Este será el método deseable para la moral, pero ningún contenido moral ha llegado a existir aplicándolo. Me explicaré: no me refiero únicamente a que la moral, aquello que estamos todos de acuerdo en que es lo mejor que cabe hacer, no ha sido resultado de un diálogo desde la prehistoria a aquí. Esto puede incluso no ser importante, porque los

kantianos tienen dificultades para ser historicistas. Pero tienen la ventaja precisamente de que no son historicistas. Me refiero a algo más profundo: la mayor parte de los contenidos civilizatorios son mitos o textos sacrales no argumentales ni argumentables que pertenecen a un substrato en el cual carece de sentido someterlos a contraste. No mejorarían por el hecho de argumentarlos. Y simplemente se revisan cada tanto para dotarlos del lenguaje del presente. Según sea su entidad, sus conjunciones y el acatamiento que despiertan, así es la solidez de las creencias últimas de un lugar o una época. Dibujan las esperanzas y los temores.

Cuando el enunciado implícito de toda una cultura es el "te pillan" tiene que haber pilladores y pillos. Porque no hay verdadera moral en el sentido de autocontención positiva: "podría hacer varias cosas pero no las haré porque no deben ser hechas y no quiero hacerlas". Están mal hechas con independencia del premio o el castigo, de la alabanza o la denostación. Si por el contrario se cree que está mal hecho todo aquello que sólo estaría mal hecho si alguien lo revelara, lo pusiera en la plaza pública, entonces habrá varios interesados en conocer la vida de los demás, tanto o más que la suya, para encontrar al cabo que el oro no reluce y que todo el mundo oculta atrocidades. Habrá persecutores y disimuladores, todos ellos floreciendo en el pantano de una profunda amoralidad. Todos ellos hipócritas.

Los pícaros, los pillos, no nos indignan ni nos ofenden: nos fascinan. Las reacciones propias por la inmoralidad propia se acompañan de tal cantidad de expresiones de doble sentido y de tal jocosidad de fondo que deben ser entendidas como fascinación. ¿Nos ha ofendido Roldán, nos ha indignado? Las gentes organizan porras roldanianas y el sujeto sirve de comentario patrio desde hace meses. ¿Nos indigna el Dioni, el Dioni dos, el par Amedo, los banqueros funambulitas de raza Conde, los pícnicos zarabetos, la gente, en fin, sin sentido del honor que conforma la tropilla de ratas criadas al calor de la transición? No, se quiere que sigan y sigan. Cada vez que un pícaro aparece en el horizonte nos volvemos locos de alegría. La vida del pícaro prueba algo, que por ejemplo los demás son unos hipócritas y sus formas de vida una tontería. Sin embargo éstos, y cien otros de menos fuste, hacen un esperpento que amenaza desbordarse. Acostumbrados al esperpento ahora lo llamamos ruedo valleinclanESCO. De donde parece seguirse que no lo gloses, que es peor, porque no conseguirás remediarlo, sino acuñar un adjetivo. Destino que quizá aguarda a cualquier literatura reformista y afrancesada (de los afrancesados clásicos) aunque su autor, como Valle, intente travestirse bajo la hiperrepresentación del esperpento patrio.